

Sara K. Moussalli & Giovanna E. Tabarelli



MARFAN

Maximiliano Calí
Gianna
Giuseppe Calí
Miranda de Calí
Antonio
Elena
Fabrizio Calí
Valeria Calí
Antenore
Kassandra
Sergio
Santiago
Dr. León
Prof. Daniel
Fabiana
Adele de Calí
Biagio Calí
Gianfranco Calí
Sarah
Alessandra
Janette

Por Sara Moussalli & Giovanna Tabarelli
(33 páginas)

(2017)

*A esa fuerza superior que guía cada una de nuestras acciones: Dios, para ti toda la gloria.
Gracias.*

*A la familia Calí, por permitirnos tocar sus fibras más sensibles abriéndonos las puertas de
las intimidades de su hogar y colaborar con la creación de esta pieza, gracias por poner el
corazón en cada testimonio y sobre todo por su valioso tiempo.
Esta historia es para ustedes.*

*A la Universidad Montevideo, por servirnos de recinto oportuno
para la realización de nuestra primera obra literaria.
Gracias, sigan creando estos espacios.*

*Al profesor Carlos De Santis, por la oportunidad y ser nuestro
guía durante todo el proceso de redacción de esta novela.
Gracias por la dedicación.*

*A Ricardo Calí, por ser el alma que inspiró esta historia, que no es otra más que la nuestra.
Gracias por tanto Ricky, esperamos haberte hecho justicia en estas líneas. Este homenaje es para ti.
Con amor, Givi*

*Para todos: **Marfan***

Si el invierno dijese: “En mi corazón está
la primavera”, ¿Le creerías?
Gibrán Khalil Gibrán

Basado en la vida real.

I

...

Me parece recordar haberle pedido que se fuera y me dejara, no lo sé, las imágenes en mi cabeza adormecida no tenían mucha nitidez, sentí miedo, pero sabía que por su bien había ciclos que debía cerrar. Sin embargo, podía estar tan segura de algo como lo estoy de mi nombre: él revolucionó mi vida, y también la de cada ser que – como yo – ha tenido el privilegio de amarle.

...

El reloj anunciaba la caída de la tarde en un día en el que el universo exhalaba suspiros llenos de vida. Era el día 16 de un esperado octubre del año 1994, y Giuseppe – embargado por la ansiedad – recorría de principio a fin el pasillo clínico ubicado afuera del quirófano en el que se encontraba su esposa Miranda.

-¡Señorita disculpe! ¿Sabe si ya empezó el trabajo de parto? –dijo Giuseppe acelerado, mientras seguía con pasos largos y nerviosos a una enfermera que parecía tener más urgencia en su andar que el mismo Peppe en tener información acerca de su mujer y su tercer hijo.

-Sí señor, en este momento deben estar en proceso. Permiso –respondió rápidamente la joven sin dejar de caminar ni por un segundo.

Mientras tanto, una Miranda emocionada y nerviosa – a pesar de ya tener experiencia en lo que el dar a luz se refiere – pujaba con todas sus fuerzas en cada dolorosa contracción sintiendo cómo los huesos de su cadera se abrían de a poco cuan desgarré. Ella, había llevado un embarazo bastante tranquilo y óptimo, estaba en la recta final y los segundos se hacían eternos percibiendo las gruesas y lentas gotas de sudor que recorrían desde su sien hasta el pecho; un dulce llanto acabó con cualquier sensación de dolor presente en el forzoso parto.

El Dr. León recibió en sus manos a un pequeño varón de cuatro kilogramos y de cincuenta y siete centímetros de largo. No demoró en notar que algo no andaba del todo bien con el recién nacido, se hacía evidente una fractura de clavícula que se le podía acreditar al forcejeo del trabajo de parto, además de su diminuta mandíbula inferior y al tacto, era incuestionable la flacidez y ausencia de tonicidad muscular en la piel del bebé.

-¿Todo está bien Dr.? –pregunta Miranda exhausta y en tono bajo.

El médico se rehúsa a responder a la preocupada madre, y con el pequeño en brazos abandona la sala. El bebe es chequeado por un neurólogo y a partir de ese encuentro comienza un sinfín de exámenes para encontrar respuestas que explicaran el por qué de las condiciones del recién nacido.

Miranda, se encontraba relajada gracias a los fármacos, adormecida y menos adolorida en la decorada habitación azul a la que había sido transferida, Giuseppe – angustiado por no tener noticias sobre su hijo - la acompañaba. El Dr. León tocó dos veces la puerta, y antes de que le invitaran a pasar ya estaba adentro con una expresión un tanto preocupante en el rostro, el ceño de su frente lo delataba.

-¡Al fin! – dijo Giuseppe estruendoso y aliviado –, ¿Qué sucede con mi hijo Dr.?

Miranda se encontraba levemente consciente.

-Señores Calí, sometimos al bebé a muchísimos exámenes antes de atrevernos a dar un diagnóstico... -intentaba explicar el médico.

-¿Dónde está él? -interrumpió bruscamente Peppe, desesperado por conocer a su hijo.

-Está bien. En unos minutos lo traerán a la habitación, sólo le están terminando de hacer unos estudios.

-Un momento... ¿Dijo diagnóstico? ¿Él está bien? ¿Puede decir ya mismo que es lo que ocurre?, pregunta Giuseppe alterado mientras hacía gestos con sus manos temblorosas que denotaban histeria.

-Permiso... -dice sutilmente una joven enfermera mientras abría suavemente la puerta de la habitación con el pequeño en sus brazos.

El angustiado padre se exalta al ver por primera vez a su hijo y de inmediato pide cargarlo – amándolo desde el primer instante – lo tomó suavemente entre sus brazos sintiendo su piel laxa, sus músculos débiles y sus largos dedos. Peppe sólo podía sentir una necesidad inconmensurable de proteger a su chiquito para siempre.

-Señores, después de varias pruebas y exámenes pudimos concluir que el niño tiene una hipotonía muscular severa...

Miranda y Giuseppe escuchan atentos con sus rostros pálidos carentes de cualquier lozanía.

-Esto básicamente es flacidez y disminución del tono muscular, que, junto con otros caracteres visibles e internos – arrojados por los estudios que le practicamos recientemente – podríamos estar hablando de algún síndrome por descubrir. Sin embargo, el niño presenta rasgos de Marfan y otros síndromes; pienso que es algo pronto para precipitarnos a un diagnóstico, pero los signos que tiene me hacen pensar que, en efecto, estamos hablando de un posible Síndrome de Marfan.

Unos padres sin palabras, mil y un interrogantes, no tenían ni idea a que se estaban enfrentando; pero una cosa si sabían amaban a ese niño con todas las fuerzas de su alma y harían hasta lo imposible por su bien.

Miranda – con la voz completamente quebrada – pregunta:

-¿Marfan? ¿Dr. de qué está hablando? No entiendo nada.

-Verá señora, el Síndrome de Marfan es una enfermedad hereditaria, es un defecto en el gen de la fibrilina...

Miranda interrumpe con su conciencia completamente recuperada.

-¿Hereditaria? Pero eso no posible Dr. es primera vez en mi vida que escucho ese término, además, ningún miembro de nuestras familias tuvo algo similar antes. Debe haber un error.

-Comprendo su angustia señora, pero debe saber que este síndrome también es posible cuando ninguno de los padres es portador. Claro, las probabilidades son de uno en diez mil, pero sí

puede ocurrir. Sólo el 25% de los casos de Marfan se deben a una mutación espontánea al momento de la concepción.

Los padres del recién nacido estaban destrozados, seguían haciéndose miles de preguntas; ellos dos años antes habían traído al mundo a sus mellizos Fabrizio y Valeria y todo había salido a la perfección.

El Dr. León continuó:

-Disculpen, puedo imaginar por lo que están pasando, pero me veo en la obligación de comunicarles esto último: deben saber que al estar efectivamente hablando de un Síndrome de Marfan, el tipo que tendría su hijo sería el neonatal... – el médico se tomó una breve pausa, bajó la mirada al suelo para poder continuar –, los casos de Marfan neonatal, tienen un peor pronóstico marcado por la afectación cardiovascular. La muerte podría ocurrir en horas o días por insuficiencia cardíaca.

El Dr. suspiró y casi llegando a la puerta de la habitación para abandonarla dijo:

-Pienso que es mejor dejarlos solos para que puedan asimilarlo y que compartan un poco más con... ¿Cómo dijeron que se llamaba?

-Maximiliano -respondió la madre con voz carrasposa, pero fuerte, firme y alto.

II

En una guerra interna, donde “luchan” mis más abstractos sueños versus la realidad, empiezan a filtrarse sonidos y voces que recorren los 300 m² que ocupan mi casa, ya había movimiento en la misma desde las 7:00 am, pero las ganas de seguir durmiendo envuelta en mis sábanas frías hacían que ignorara cualquier ruido invasor. Las cortinas impregnadas de luz se dejaban llevar por el cálido viento caribeño, que a su vez, daban paso a los indeseables e imprudentes rayos de sol que iluminaban toda mi habitación anunciando lo ahora inevitable, es momento de levantarme.

De forma sigilosa - entre dormida y despierta – camino hacia la sala, inhalo profundamente un nuevo día de diversión segura, vibras positivas y armonía absoluta, pues ya todos – “los Cali” y mi familia – se preparan para salir a navegar en las aguas del mágico Higuero, tal como solemos hacer cada quince días; somos muy cercanos, ellos son de esas personas que la vida te da la oportunidad de adoptar como si realmente compartieran tu misma sangre.

-¡Buenos días Gianna! –dicen en coro mi madre Elena y mi “tía” Miranda, quienes lucen bastante ocupadas preparando la comida para llevar a la playa.

-Buenos días mamá, buenos días tía -respondo mientras me siento en la mesa donde me esperan mi par de sándwiches tostados y de queso fundido, tal como me gustan.

Como acostumbro a hacer siempre al terminar mi desayuno, salgo al jardín a darle los “buenos días” a mi adorado consentido peludo, mi gran mastín napolitano que responde al nombre de Alcapone, su colita negra atigrada – como todo él – parece desarmarse de la emoción. El picante sol no tarda en cegarme, lo que a su vez promete un perfecto día de playa; mientras, sigo caminando con mis pies descalzos y en pijamas sobre ese suelo terracota que arde cuan braza encendida. Una sensación húmeda en mis dedos me hace desviar la mirada hacia abajo, el pequeño y simpático Theo también estaba muy feliz al verme y sus besos mojados no se hicieron esperar, él es el adorado perro salchicha que tiene por mascota mi amigo Max.

Al llegar al muelle veo a Valeria – la hermana mayor de Maxi – aplicándose bloqueador solar en todo el cuerpo.

-Hola Val -la saludo sonriente.

-Hola Gia, ¿Estás lista? -me responde sin levantar la mirada, mientras recorre con las manos llenas de bloqueador sus largas piernas pálidas.

-Casi, aún tengo que ponerme el traje de baño y recoger algunas cosas -respondí asomándome por el muelle para ver a los chicos montar todo en la lancha.

-¡Gianna apúrate que ya estamos casi listos! – me dice a gritos Max, mientras lo observaba a lo lejos metiendo las cosas en el camarote.

Ya nuevamente en el muelle y con la ropa adecuada, gracias a la amable asistencia de la mano de mi tío Giuseppe, logré estar a bordo de nuestra embarcación y finalmente zarpamos a ese infinitamente maravilloso mar azul. Llegamos a Puerto Francés, hay pocas personas, puesto que el acceso es sólo marítimo, nos anclamos a unos doscientos metros de distancia de la arena

mientras disfrutamos del sol y la brisa. Frabrizio, mellizo de Valeria, le propone a mi hermano Antenore ir nadando hasta la orilla de la playa, Max y yo agradados por la idea decidimos unirnos a la diversión.

-Vale, ¿Vienes con nosotros? -le pregunté queriendo animarla a acompañarnos.

-No gracias, sabes que nadar no es algo que me entusiasme demasiado -me respondió con tono desinteresado, pero sin ser descortés.

Una “competencia” de clavados terminó por sumergirnos en el mar, incluyendo a Theo, quien había cambiado su color marrón caramelo a un tono más café a causa de la humedad de su corto pelaje. Llegamos en cuestión de minutos a la orilla, como siempre, Max había sido el primero en tocar arena – una de las tantas ventajas que tenía por ser el más largo del grupo –. Tomamos sol un rato, nos turnamos para jugar con las raquetas junto al agua y Theo arrastraba sus tiernas orejas por toda la playa.

Ya se hacía la hora de retornar a casa. Después de luchar – con grandes brazadas – contra la corriente para lograr llegar nuevamente a la lancha, noto que Maxi se seca con su toalla blanca y seguidamente se coloca un par de medias color azul marino. Sabía con qué fin lo hacía, conocía cuanto le incomodaba sentir expuestos sus particulares y largos pies, pero a mí eso nunca me había interesado y me enfurecía que él le diera tanta importancia. Siempre he pensado que Maximus – como suelo llamarle cariñosamente – es mucho más que unas manos de dedos larguiruchos y pies distintos a los míos, y aunque en ocasiones sentía que él era consciente de ello, otras veces notaba cierto pesimismo en sus amarillentos y dormilones ojos.

-¡Quítate esas medias ya mismo Maximiliano! -le dije con voz firme y a modo de orden.

-No quiero... -me respondió con tono tímido y cabeza baja.

-¿Qué te pasa Max? Estas con nosotros, no hay nada que tengas que esconder o de qué preocuparte -le dije suavemente, de forma cariñosa, pero a la vez autoritaria.

-Sí Maxi, deja la tontería, no tienes que avergonzarte por nada. Además, somos familia ¿O no?

-dijo mi papá, Antonio, queriendo apoyarme mientras se posicionaba para navegar de vuelta a casa.

Max obedeció, y aunque noté que no estaba del todo seguro, accedió a quitarse las medias. Miranda y Peppe observaron satisfactoriamente la escena, sé que les dio mucho gusto vernos apoyar como siempre al menor de sus hijos.

Eran más de las 6:00 pm, nos habíamos preparado para cenar, ya ninguno tenía arena en el cabello ni salitre en la piel; y mientras los adultos, entre otras cosas, asaban la carne para la deliciosa parrilla, Valeria en complot con Fabrizioo, se las ingenian y convencen a mi hermano para jugar a “la botellita”, que no es otra cosa que girar la botella, ésta en algún punto se detiene y quienes sean señalados por los dos extremos de la misma deben darse un beso. Como era de esperarse, nos obligan a Max y a mí para unirnos al juego.

Fue ahí donde ocurrió. Escondidos en una partecita del jardín que carecía de iluminación, la única luz que nos impedía chocar unos con otros era la de la llena, hermosa y dorada luna. La botella gira numerosas veces hasta que finalmente, el anhelado besito que Val ha soñado desde siempre darse con Antenore sucede. Sin embargo, eso no fue suficiente para los mellizos, puesto que ahora conspiraban para que la traviesa botella nos apuntara a Max y a mí.

-¡Un besito! ¡besito! ¡besito! -coreaban Valeria y Fabrizio en tono malicioso, mi hermano por su parte lucía algo molesto, a diferencia de Max, que no podía ocultar los nervios y emoción en sus ojos que ya no lucían tan adormecidos.

-¡No! Sólo tengo diez años, -respondí avergonzada e incómoda por el momento.

Mis intentos de negación fueron inútiles, su insistencia e influencia por ser “los mayores” tuvo más peso que cualquiera de mis objeciones y terminaron logrando su cometido, mi querido amigo Max y yo nos dimos un beso pequeño y cortito, pero un beso en fin, el primero en nuestras cortas vidas y fue entonces cuando Val y Fabrizio nos declararon “novios”. Vi el festejo y la alegría en su largo y delgado rostro iluminado, lo conozco muy bien, sabía lo feliz que estaba y él no se preocupaba en ocultarlo; siempre he sabido de su interés por mí y eso se debe a que el mismo Maximiliano se ha encargado de hacérmelo saber en reiteradas oportunidades. Yo, por mi parte me siento tan avergonzada cuando le escucho decir esas cosas, no sé nunca que decir y termino explicándole que pienso que somos muy chicos para hablar de esas cosas, él solo se queda viéndome fijamente y sonrío.

-¡Niños la cena está lista! -escuchamos decir a lo lejos a mi tía Miranda.

-¡Ya vamos! -respondieron rápidamente los mellizos con sonrisas pícaras dibujadas en el rostro.

III

Atrapadas en la eterna cola de carros, típica de un viernes a mediodía en zona escolar, el tráfico parece interminable. Todos quieren llegar a sus casas a hacer el respectivo descanso que la hora del almuerzo permite, pero yo - como la mayoría de los chicos de mi edad - recién salíamos de clases y esperaba con ansias este momento durante todo el transcurso de la semana, en especial si se trataba del inicio del final; lo que me aseguraba más tiempo de diversión, trasnochos y sueños largos sin derecho de externos a interrupción. Nunca he sido una estudiante abnegada caracterizada por obtener calificaciones brillantes, pero apuesto que hasta los más aplicados deseaban desde el lunes la llegada del fin de semana.

Cinturón abrochado, la radio pronosticando más y más tráfico, el musical ensordecedor de las miles de cornetas y el cruel semáforo orquestando el caos sin señales aparentes de dar luz verde. La contaminación sónica es absurda, sin mencionar a mi madre quien conduce desde el asiento de al lado mientras habla por teléfono y yo sin entender cómo es que lo hace; la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes. Sin embargo, agradecía el hecho de que mi mamá pasó a buscarme a tiempo por esta vez, la puntualidad es desde siempre su talón de Aquiles.

Atravieso el lumbral de madera de la puerta de mi casa, a pasos lentos, cabeza baja, ojos hinchados y agotados, mi andar personifica a uno de los siete pecados capitales: la pereza. En mi defensa, había sido inevitable quedarme dormida en el largo camino, el helado aire acondicionado de nuestro auto me sedujo y yo lo permití, caí rendida. Ya en la mesa, sólo el delicioso olor que expelían las calientes albóndigas hechas por mi mamá pudieron despertarme, acompañadas con arroz y plátano maduro horneado es el paraíso en mi boca, un deleite de sabor.

El tono del teléfono interrumpe nuestro almuerzo, yo sigo concentrada en la sensación mágica de la carne, pero mi madre por su parte, no dudó en contestar y antes de que pronunciara tres palabras en voz alta, abandona la mesa y continúa la misteriosa llamada en su habitación. La conozco, su rostro me dice que algo la inquietó. Minutos seguidos, escucho como la puerta principal de la casa se abre y cierra respectivamente, mi papá había llegado de la oficina y pasa directo a su cuarto, no se percató de mi presencia en la cocina y mucho menos de saludarme, lo cual me desconcierta aún más; a él podría reconocerlo por su serenidad, sin embargo, esa virtud brillaba por su ausencia hoy. La curiosidad no me permite continuar degustando mi plato, y con cubiertos en mesa voy a averiguar lo que sucede.

-Papi ¿Qué pasa? -le pregunto a mi héroe en tono de susurro. Mi mamá aún más exaltada sigue al teléfono.

-¡Silencio hija! Ahora hablamos, ve a tu cuarto -me responde también en susurro, pero ligeramente pronunciado entre dientes, lo cual delata su estrés y el del ambiente.

Ignoro por completo la orden de mi papá ¿Qué puedo hacer? soy un espíritu curioso, ellos lo saben y mis preguntas no habían sido respondidas, permanezco ahí, sabía que terminarían por explicarme. Por otra parte, mi mamá no para de moverse de un lado a otro con movimientos torpes, nerviosos, acelerados; parece buscar todo, pero sin encontrar nada.

-¿Antonio, estás listo? ¿Vieron dónde puse las llaves? Hija por favor tráeme la cartera negra grande, la de enchapado dorado -dice mi madre con su voz que denota histeria, pero a la vez pude percibir en ella, su arduo esfuerzo por no llorar.

-¿Dónde está? -respondo en tono muy bajo, intentando fracasadamente que, en el volumen de mi voz, ella encontrara algo de tranquilidad.

-En el perchero, ¿dónde más Gia?... -dice casi explotando. Soy consciente de donde proviene mi falta de paciencia.

Mientras hago entrega de su cartera, busco desesperadamente que me mire un segundo a los ojos, al tener el momento no lo dudo y firme frente a ella digo:

-Mamá, ¿me puedes decir ya qué está pasando? -siempre mi carácter había sido un tema a discutir en casa, sin embargo, pienso que la situación ameritaba la fuerza de mi pregunta.

-Gianna, hija, quiero que escuches atenta lo que te voy a decir y que lo asimiles como toda una señorita ¿Sí? -me lo dice dulcemente mientras se agacha ligeramente buscando quedar de mi tamaño, cara a cara. El preámbulo que le daba a la noticia en lugar de calmarme, hacía que me desesperara mucho más. Continuó:

-Max sufrió un infarto, en este momento lo deben estar atendiendo en emergencias, pero no te angusties. Todo saldrá bien -dijo mientras caminaba, junto a mi papá, en dirección a la entrada.

Perdí el habla, sólo puedo ver a mis padres alejarse para abrir la puerta de la casa como en cámara lenta, mi mente se nubló, todo parece formar parte de un sueño borroso. Apenas y puedo terminar de escuchar las instrucciones de mi madre explicando que se irían de inmediato a la clínica y me quedaría sola.

-Tu tía Janette pasará buscando a Antenore por su colegio y lo traerá. Espéralo, los llamaré más tarde. Cúidense -concluyó mientras cerraba la puerta.

Petrificada, incapaz de comprender cómo es que ocurren estas cosas ¿Por qué a la gente buena? Maxi sólo tiene catorce años, tiene tantas cosas que hacer todavía, como yo o cualquier chico de su edad. Para ninguna de las personas cercanas a mi adorado Maximus, era nueva la posibilidad de que su corazón no fuese tan resistente como su espíritu, su condición de Marfan debilitaba a mi gigante amigo. La advertencia latente desde el día de su llegada a este mundo, hoy cobraba sentido; quienes padecen este síndrome son altamente propensos a sufrir infartos y a causa de la insuficiencia cardíaca típica de esa patología, en la mayoría de los casos no sobreviven. Lo sabía.

Un golpe de frente, de esos que hay a quienes centra y devuelve a la realidad, pero que cuando sólo cuentas con escasos doce años de experiencia en éste plano terrenal, es más como una dolorosa bienvenida a la parte cruel que viene incluida en eso a lo que llamamos vida. Un despertar, una “pequeña” muestra de lo que llegará – en su momento – con la adultez, el cristal de la inocencia y las fábulas infantiles se resquebraja por primera vez a mi alrededor. Hasta este momento, la angustia más grande que había experimentado era la de reprobar una materia y no saber cómo decírselo a mis padres.

Sabía que Max era una bomba de tiempo, todos lo sabíamos, pero nunca esperas a que realmente suceda, al menos yo no. Contemplas la muerte como algo que le ocurre sólo a los

viejitos, pues ellos ya han vivido muchos años, no a quien se supone, está empezando su historia; no podía imaginar a mi fiel compañero de juegos y travesuras luchando en el rin de la vida por un *round* más. Impotente, no tengo mucho que hacer desde la cama de mi habitación más que llorar, las paredes parecen haber perdido cualquier indicio de tonos rosa que vi alguna vez, y la soledad aceleraba el paso de mis lágrimas inagotables.

Sin fuentes donde hallar respuestas, me veo obligada a buscarlas en mi origen, en lo que soy, en mis adentros. Alguna vez escuché decir, que si cerraba mis ojos y abría los del corazón podía encontrarlo a él, a Dios. A pesar de estarme formando en un colegio católico, siempre he sido de poco rezar, no es que no tenga fe, sino que nunca antes había sentido la necesidad tan enorme de hablar con él, tan grande, que llena hasta los poros de mi piel.

-Diosito, te pido que me escuches, sé que poco te busco y que quizás eso sea motivo para no escuchar mis suplicas, pero hoy no vengo a ti por peticiones egoístas sino todo lo contrario, apiádate de mi amigo Maximiliano Calí, conozco su corazón y sé de sus ganas de vivir. Tú, rey de lo posible y de los milagros, obséquiale uno en estos momentos. Sálvalo, yo lo amo profundamente... -ruego con los ojos desgastados de tantos baños de lágrimas, me detengo un momento para componerme, tomar aire y seguir, mi pecho está agitado de tanto hipar.

-Padre nuestro que estas en los cielos, santificado sea tu nombre...

Jamás mi fe ha sido tan poderosa, inquebrantable; es en lo único que puedo aferrarme sin dudas, me hato a la fuerza divina que siento al encontrar a Dios viviendo en mí, es una especie de reconciliación con mi creador. Que irónico, algo más que agradecerle a Maximus.

Son las 10:00 pm y aun no tengo noticias del bienestar de Max, Antenore en su habitación y mis padres sin intenciones aparentes de llamar como se suponía iban a hacer. Me armo de valor y tomo el teléfono.

-¿Aló? Mamá, ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Max? -pregunto desesperada al percatarme de que atiende la llamada.

-Gianna, Max por los momentos está bien, estable. Mañana será intervenido quirúrgicamente, será una operación riesgosa pero totalmente necesaria.

-Pero, ¿Qué fue lo que le pasó? -la interrumpo mientras mi corazón late a mil por hora.

-Empezó a sentirse mal esta tarde, le dolía el estómago aparentemente. Por suerte, se encontraba con Miranda en su habitación, y según ella me cuenta, Maxi vomitó algo color verde y se desmayó. Seguidamente, su mamá le hizo una reanimación parcial lo cual hizo que recobrarla la conciencia y fue así como logró llegar con vida hasta aquí.

-¿Cuándo vuelven a casa? -no supe que contestar, la preocupación me domina.

-Dentro de poco mi amor, acuéstate a dormir y quédate tranquila -me dice intentando calmarme.

-Esta bien mami, no tarden mucho -le respondo y tranco el teléfono.

No concilio el sueño, las horas pasan y se me es imposible dormir, al menos no de manera profunda. No sé por qué de la nada se me viene a la mente un curioso dato de mi profesora de biología, dado en la última clase de anatomía humana, ella explicaba que, si queríamos saber el tamaño aproximado de nuestro corazón, bastaba con que cerráramos la mano en forma de puño. De inmediato pensé en Max, él gozaba de las manos más grandes que había visto y estoy

segura que crecerían aún más, conforme se fuese haciendo adulto. Entonces, ¿Él es dueño del corazón más grande que conozco? Para nuestra mala suerte, “grande” no es sinónimo de fuerte, todo es parte de una mala asociación de términos.

El sonido de la puerta de la entrada me saca de mis más íntimos debates internos, son mis padres, nadie más podía llegar a tan altas horas de la noche, me hago la dormida al sentir que se asoman sigilosamente en mi habitación, no tengo las energías para hablar con nadie. Si mis cálculos - desde la última vez que miré el reloj - no me fallan, deben ser cerca de las 3:00am.

Abro los ojos, no sé en qué momento el cansancio - producto de mi insomnio y del ardor de mis ojos enrojecidos - me venció, pero ya había amanecido y las voces provenientes de la habitación de mis padres no se hicieron esperar. Corro hacia allá, todos con ojeras oscuras, es evidente que ninguno durmió bien o no lo suficiente.

-¡Buenos días! ¿Qué saben de Max? -pregunto con una sonrisa agotada, pero esperanzada.

-Buenos días mi niña. Si, en este momento debe estar siendo intervenido, le van a implantar una prótesis aórtica... -intenta explicarme mi mamá.

-¿Por qué? ¿Qué es eso? -pregunto nerviosa, no tengo ni la más mínima noción de lo que ella habla.

-A ver...Entiendes que él sufrió un infarto, su arteria aorta se rompió ¿Correcto? Bueno, los médicos le diagnosticaron una pericarditis. Sabes que Maxi por su condición es incapaz de coagular sangre ¿No? Y que para eso debe consumir medicamentos específicos, razón por la que lo cuidamos tanto de una caída – por pequeña que sea – cuando están corriendo y jugando -seguía explicándome pacientemente para calmar mi inquietud, dispuesta a repetirlo hasta que entendiera.

-Entonces, gracias a una membranita fibrosa que envuelve el corazón, y con ayuda de un milagroso coagulo que se atravesó en una de las arterias en el momento justo, consiguió que la hemorragia se detuviera y su corazón siguió latiendo normal.

-¿Coagulo milagroso? -respondí sorprendida, ¿Era ése el milagro por el que tanto rogué a Dios? Como dijo mi mamá, Maxi no coagula, sencillamente su cuerpo es incapaz de hacerlo, pero ocurrió lo impensable, lo extraordinario. No tenía duda de que la gracia de Dios había puesto sus manos en el gigante corazón de mi adorado Maximus, aunque aún no hubiera nada seguro.

-Si mi amor, tu papi y yo vamos a visitarlo ¿Quieres venir? -dice mientras abrocha el último botón de su camisa de lino azul celeste.

-¡Claro que quiero ir! -respondí entusiasmada.

-Bueno, corre a vestirte, en unos minutos salimos. Desayunas allá -responde mientras se termina de poner un jean blanco y al mismo tiempo busca sus tacones.

Llegamos a la clínica, ahí – justo en el cafetín – observo a lo lejos a mis tíos Miranda y Giuseppe junto a los mellizos, los cuatro con rostros mortificados y agotados desayunando.

-Ya Max salió de la operación, está en la sala de recuperación, al despertar lo van a trasladar a la habitación donde podremos verlo, de verdad gracias por estar aquí, apreciamos infinitamente su apoyo -dijo mi tío sin siquiera saludarnos.

-¡Gracias Dios! -pensé internamente ¡Estoy tan feliz!

Desayunamos juntos mientras esperamos, la impaciencia me embarga nuevamente y decido caminar por esos largos pasillos fríos buscando calmar mis ansias, se respira dolor, esperanza,

preocupaciones, tristezas, angustia, vidas que inician y otras tantas que cumplen sus últimos minutos. Una mano helada me toma por sorpresa el hombro sacándome de mis pensamientos.

-¡Vamos Gia! Ya mi hermano está en la habitación -escucho decir a Valeria, mientras me conduce ligeramente con su mano en mi espalda en dirección al ascensor.

Afuera de la habitación, temblaba de frío mientras esperaba que mis tíos salieran, lastimosamente no se aceptan tantas personas adentro al mismo tiempo. Espero mi turno de la forma más paciente que mi naturaleza me permite; las piernas no tienen soporte, no sé si del frío o de los nervios. Finalmente, llegó mi tan anhelado momento, entro y ahí está el, Max, bajo esas finas sábanas blancas y en compañía de mi tío que hablaba por teléfono, su distracción es ideal para que Max y yo podamos conversar tranquilamente.

-¿Pensabas que te dejaría sola? -me dice Max con esa sonrisa picarona y ojitos dormilones que lo caracteriza.

-¡Tonto! -le respondo riendo mientras siento como se me abrillantan los ojos de lágrimas de forma inevitable, sigo:

-Tuve mucho miedo Maximus, no lo vuelvas a hacer -le contesto con la voz quebrada y en forma de reproche posicionando mi mano sobre la suya

-Tranquila Gia, no los voy a dejar solos -me responde complacido por mi preocupación, pero en tono bajo, aún no está totalmente en sus sentidos y apenas pudo sujetarme sutilmente un par de dedos. Estaba débil pero vivo.

-Mi niña, ya debes salir, permite que Fabrizio entre unos minutos, Max debe descansar - interrumpo mi tío Peppe luego de terminar su llamada.

Obedezco y me retiro lentamente – como quien no quiere irse – del lado de mi amigo. Me doy nuevamente la vuelta y le digo emocionada:

-¡Hey, Max! ¿Sabes de qué tamaño es tu corazón? -pregunto sonriente y feliz.

-Claro, así... -sonríe mientras responde agotado y con sus escasas fuerzas logra cerrar su gran puño.

Le sonreí de vuelta, y me fui satisfecha. Él ya lo sabía, claro que podía entender que el hecho de que fuese dos años mayor que yo, hacía que supiera cosas que, por mi parte, apenas estaba aprendiendo. Mi amado gigante amigo, es consciente de tener el corazón más grande del mundo, o bueno, al menos de mi mundo.

...

Superado el percance del infarto, un año después, Maxi y sus padres decidieron viajar a Minnesota, una ciudad ubicada al medio oeste de Estados Unidos. Allí fue impartida una conferencia que mejoró considerablemente la calidad de vida de Max y su percepción de la misma. Mi amigo, gracias a esa visita, dio exactamente con el nombre de lo que padecía, el Síndrome Loeys-Dietz, esa era la razón por la cual su aorta se había roto mucho antes de lo que comúnmente le sucede a una persona con Marfan, pues su condición – ahora conocida – tiene consecuencias más tempranas y severas que las del Marfan, se podría decir que son de la misma “familia” de síndromes. Este diagnóstico no existía en 1994 – fecha en la que Max nació – pues no fue descubierto sino hasta nueve años después y tan sólo tres antes de su alarmante infarto. Su viaje a Minnesota, cambió considerablemente su noción, no sólo médica de la enfermedad, sino de cómo afrontar la vida.

...

IV

El timbre de salida anuncia el final de la jornada escolar, mis padres ya me habían avisado que Max sería quien pasaría por mí el día de hoy, desde que cumplió dieciséis mis tíos no tienen problema con que use el carro y venía a buscarme con bastante frecuencia, siempre que mis papás no podían él se ofrecía. Lo veo llegar en su Nissan plateado, baja el vidrio de la ventana y con su clásica sonrisa me hace señas para que me suba, siempre estaba feliz de verme y aunque yo no era tan expresiva como él, a mí también me alegraba mucho.

-¡Gua! ¿Cómo te fue hoy? -me dice mientras besa una de mis mejillas.

-Tú sabes, lo de siempre, con ganas de dormir -le respondo mientras me abrocho el cinturón de copiloto.

Casi por inercia – aunque era totalmente adrede – Max toma mi mano izquierda, cuan novios. Sus manos doblaban el tamaño de las mías, incluyendo la fuerza. Sonrojada le pido:

-Maxi, por favor suéltame -lo miro con una sonrisa apenada dibujada en el rostro, mientras forcejeábamos para lograr zafarme.

-No, no y no. Agárrame bien la mano -me responde apretando aún más.

-¡Max! tienes que manejar -le pido preocupada de que fuéramos a chocar.

-No, no te voy a soltar, nunca te voy a soltar -dice mientras dirige su mirada asesina hacia mí, no perdía oportunidad para hacerse el galán.

Finalmente llegamos a su urbanización, donde mis padres me buscarían luego que se desocuparan. Maxi entra al sótano de su edificio, con un poco de dificultad para estacionarse, aún está aprendiendo. De camino al ascensor, él nota que limpio mi mano con mi pantalón azul marino, me mira y se sonríe pícaro; después de “obligarme” a pasar más de veinte minutos tomados de la mano, era de esperarse que a ambos nos sudaran.

- ¡Gianna! Qué lindo tenerte por aquí -me recibe mi tía Miranda, siempre tan cariñosa.

-Hola tía, ¿Cómo estás? ¿y mi tío Peppe? -le respondo dándole un beso en la mejilla.

-Bien mi niña, tu tío está en el trabajo, no debe tardar en venir -la escucho decir mientras camina hacia la cocina, Max y yo la seguimos.

-¿Quieren almorzar? -nos pregunta mientras abre la nevera. Max espera mi respuesta.

-No tía gracias, aun no tengo apetito -le digo con sonrisa tímida.

Max camina en dirección a la ventana de la cocina, sabía lo que haría

-¡Santiago! -le escucho gritar.

-¡Santiago asómate! -repite con mas fuerzas, hasta que finalmente obtiene una respuesta.

-¿Qué pasó Max? -responde a gritos Santi, el vecino del edificio de en frente y quien además es gran amigo de Maxi desde muy niños.

-¡Te espero abajo!

Max, a escondidas de mi tía Miranda, toma dinero de su monedero y me induce a correr hasta la puerta principal. Bajamos las escaleras a toda velocidad y ahí estaba Santiago, siempre fiel, en la entrada del edificio.

Vamos caminado en dirección a un centro comercial cercano a la urbanización y aparecen las indeseables miradas, imprudentes, no hace falta que señalen, sus ojos son los más crueles supervisores, inspeccionan cada una de las particularidades de Max, parece que les causa morbo buscar qué es lo que lo hace diferente. Al igual que Santi, soy completamente intolerante a cualquier manifestación inhumana que pueda afectar a mi amigo.

-¡Max! ¿Y entonces? Mirada arriba hermano -le dice Santiago en tono de regaño y luego entusiasta, buscando darle seguridad mientras le dirige una mirada retadora a aquel señor de saco marrón y bigote que obviamente no conoce el valor de la discreción.

Maxi sube su rostro algo inseguro, y aunque intenta sonreír para camuflar el mal rato, lo conocía lo suficiente como para saber que, a pesar de su gran personalidad y autenticidad, había días en los que su seguridad se encontraba endeble, pero siempre contaba con personas como Santi o como yo que lo amamos y no tardábamos en devolverle su pícaro sonrisa.

Ya en la panadería, Max pide dos bolsas de bombitas de carnaval y un cartón de huevos, no había escuchado a mi tía decirle que comprara estos últimos, así que no tardo en deducir lo que estaba tramando mi travieso amigo. Llegamos a casa de Santiago, sus padres se encuentran aún en el trabajo, y no dudamos en correr emocionados en dirección a la ventana que daba a la calle. Cientos de personas bañadas en agua de pies a cabeza, no hay carro que escape de ser víctima de los huevos, reír hasta quedar sin aliento ¿A caso se puede poner mejor? Siempre he presumido de mi excelente puntería, pero junto al amarrado único que Max les hace a las bombitas para que estallen al mínimo contacto con el objetivo, nos convierte en el mejor equipo del mundo.

...

Sus restos fueron cremados, así lo decidió Giuseppe - el segundo de sus tres hijos -, Gianfranco, el mayor, había fallecido hace algunos años y Biagio, el menor del trío, hacía tiempo que una enfermedad le arrancaba la posibilidad de expresar con sus labios los pensamientos e ideas - absolutamente cuerdas - que divagaban por su mente muda. Éste último, permanecía viviendo en Torín, al norte de Italia, su preciosa ciudad natal rodeada por los Alpes, mismo lugar en el que Peppe exparció parte de las cenizas de Adele, su madre, y el resto de ellas las llevó a Venezuela para enterrarlas sobre la fosa superior en la que descansaba Gian desde hacía mucho tiempo.

Abí se encontraban, adentro del panteón de la familia Calí, Maximiliano y su padre, dándole el último adiós a quién fue la más abnegada de las madres y una “nonna” adorablemente dulce.

-¿Recuerdas a tu tío? Estabas muy pequeño cuando todo pasó –dijo Peppe a su hijo.

-En realidad muy poco papá, pero sí, recuerdo algunas de las parilladas de los domingos y su buen sentido del humor, siempre tenía tiempo para jugar con Fabrizio y conmigo, era un buen tipo –dijo Max pensativo y luego seguro.

-Si que lo era Maxi, tu nonna sufrió mucho al tener que despedirlo, los padres por una cuestión de “ciclos” o de lógica no son quienes tienen que ver partir a sus hijos, pero lamentablemente no siempre muere el más viejo...La vida es un viaje bastante complejo y difuso –acotó Peppe algo inspirado por el momento y las circunstancias.

-Pobre nonna Adele, no recuerdo mucho cuando supimos que el tío Gian había fallecido, pero sí la vi sufrir muchísimas veces por mi tío Biagito y su enfermedad, ha de ser terrible poder pensar, razonar y analizar sin poder manifestarlo de ninguna manera –respondió Maximiliano conmovido y afectado por lo que recién imaginó.

-Si Max, la condición de mi hermano siempre fue la mayor de las angustias que inquietaban la mente de mamá...Uno como padre, quisiera aliviarles la vida a sus hijos siempre, vivir su dolor a cambio de que nada los mortifique, pero eso - por muy frustrante que sea - no es posible; cuando seas papá comprenderás de lo que te hablo y sentirás esa necesidad inconmensurable de poner tu todo a sus pies, harás cualquier cosa por ellos, así como yo lo haría por Fabri, Val y por ti Maximus –concluyó sonriente, Peppe yacía muy sensible.

-Te amo papá –respondió Maxi abrazando a su padre, no hubo “palmadas en la espalda” de esas que se dan los hombres entre sí para lucir masculinos y fuertes, como si demostrarse el amor les arrancara lo varonil; abí simplemente se encontraban un padre con su hijo disfrutando de un hermoso momento. Max se permitió ser el “chiquito de papá” una vez más, volvió a tener cinco años, y aunque hacía tiempo que superaba a su héroe en tamaño, ese día se sintió tan protegido como aquel primer encuentro en octubre de 1994.

Peppe ya estaba lo suficientemente sensible a causa del motivo por el que en esa oportunidad visitaban el cementerio, ese instante con Max sólo reforzó sus sentimientos encontrados, al fin y al cabo Maxi - a pesar de ser alegre y expresivo – no se destacaba por demostrar afecto abiertamente, al menos no con sus padres, quienes estaban acostumbrados a eso. El hombro del menor de sus hijos fue el lugar donde Giuseppe encontró consuelo después de derrumbarse a llorar la partida de Adele, la mujer que más lo amó.

-¡Ése es mi lugar! –dice Peppe con la voz totalmente quebrada y en sollozos, mientras señala con su dedo tembloroso, la fosa donde ya descansaban los restos de su hermano y madre, y en donde aún había espacio para otro Calí.

-¡No antes que yo! Yo sigo papá... -responde Max sin titubeo alguno, intentado maquillar su comentario con suspicacia y un pésimo intento de media sonrisa.

...

V

Labios color rosa, pestañas encrespadas, cabello perfectamente alisado del día anterior, esparso sobre mis mejillas un suave rubor, al tiempo en que – aún en ropa interior – busco alguna prenda de vestir que se adapte a este sábado post disco y trasnochos; el sueño me consume e intento que mi maquillaje oculte estas grises ojeras que han decidido estacionarse bajo mi agotada mirada. Vamos a casa de los Calí, hacía dos fines de semana que escuchaba planificar la parrillada de hoy, sé que no hay quien supere a mi tío Giuseppe en la brasa, sin embargo, el cansancio es más fuerte que el sonido de mi estómago estragado por haberme saltado la hora del desayuno. Para mí, el plan ideal de estos días – en los que en mi cabeza no termina de amanecer - es sin duda estar acostada en el sofá de la sala, frente al televisor, en la perfecta compañía de mi novio y pasar una tarde de *Netflix*.

Llegamos, mientras saludo efusivamente a mis tíos, me percató de la evidente ausencia de Max, ya me había acostumbrado a no ver a los mellizos - cuya preparación profesional los había obligado a dejar el país -, pero la falta de mi amigo en este íntimo círculo en el que habíamos crecido y fortalecido nuestra relación, es algo que difícilmente podría llegar a pasar por alto. Maximiliano puede presumir de ser de esas almas que – donde estén – se hacen sentir, su autenticidad es tal que se hace imposible ignorar su notoria presencia, a pesar de eso, me daba la sensación de que él realmente no era consciente de esa realidad, lo que lo hacía más especial.

-¿Y Max? ¿Dónde está? –pregunto luego de reconfirmar una vez más, con mis ojos enrojecidos por la falta de horas de sueño, que definitivamente él no se encontraba cerca.

-¡Ay mi niña! recién salió con Kassandra, pero no creo que tarden mucho -responde mi tío Pepe apenado.

Lo vi venir, desde que Maxi encontró en ésta hermosa chica ese sentimiento de amor correspondido, se entregó por completo a esa relación; dejando prácticamente en segundo – y hasta en tercer plano - a sus familiares y amigos; no lo culpo, es completamente justo y comprensible que se deje consumir por esa ráfaga de energía única e intensa que nace con el primer noviazgo oficial y que había tardado tanto en llegar a la vida de Max. Él lucía feliz, y aunque ya no éramos los niños de antes, mantenemos nuestra amistad por encima de todo, quizá no hablemos ni salgamos con la misma frecuencia, cada uno está experimentando otras cosas y la vida se ha tornado de a poco más seria, pero cada vez que compartimos, comprobamos que nuestra confianza y particular conexión yace intacta.

Transcurre la tarde, mientras me deleito admirando el arrebol crepuscular que anuncia la caída de la tarde, me divierto escuchando las ocurrencias de mi tío Pepe, su fiel amigo “el whisky” ya había hecho de las suyas en su siempre vulnerable sistema nervioso; lo que traía como consecuencia segura, un repertorio de chistes malos, incoherencias y su sonrisa con ojos a medio abrir propia de la intimidad de la reunión. Max no regresó, al menos no antes de que se hiciera la hora de despedirnos y a pesar de que eso me desconcertó un poco, intenté no darle tanta importancia y mucho menos tomar su falta de atención como algo personal.

Desafortunadamente, para mis tíos la noche no terminó ahí, pocos minutos después de abandonar la casa de los Calí, reciben una llamada de Kassandra que narraba, con voz agitada, “el cómo” de la caída de Max, que más tarde, sabrían que tuvo como consecuencia la fractura

de su fémur izquierdo y que le impediría cualquier tipo de actividad en un lugar distinto a su cama durante un período de tres largos meses, inclusive, ni siquiera podría ir al baño por sus propios medios durante este tiempo.

Pienso en Maxi, es un tipo inquieto, la pasividad siempre lo ha deprimido, él es hiperactividad pura – una de las tantas cosas en las que siempre nos hemos comprendido – no tengo idea como soportará estar tanto tiempo acostado y dependiente de todos, pero trataré de hacer de esos meses unos días más amenos y tolerables, quienes lo amamos nos encargaremos de eso.

Abro suavemente la puerta de madera de la habitación de Maximus, puedo notar que recién colgaba una llamada con Sergio – su mejor amigo – quien además de Cassandra, es la persona que más pasa tiempo con él ahora. Las piernas de Max sobresalen de las sábanas azul cielo, sus pies – como de costumbre – llevan puestos un par de medias grises; esta vez no comenté nada al respecto, lo excuso, realmente hay frío, soy consciente de que en ésta ocasión no busca ocultar nada a nadie. A pesar del cansancio que su rostro refleja, no deja de transformarlo a una expresión un tanto más feliz al vernos, eso me llena, que a él le complazca tanto vernos a mi papá y a mi, como a nosotros el hecho de poder visitarlo.

-¡Maximus! ¿Cómo te has sentido? –lo saludo entusiasmada mientras me apoyo ligeramente en su cama, para lograr darle un beso en la mejilla.

-Adolorido, no aguanto las caderas y me siento sin energía, cansado; pero me hace feliz que hayan venido. Kassu se fue hace un rato –responde en tono bajo, mientras con una expresión de dolor apoya sus manos en la cama para acomodarse en una posición más cómoda que no le causará tanto daño.

-¿Cómo te caíste? –le pregunta mi papá, después del acostumbrado saludo entre ellos con el clásico “puñito” que denota su complicidad. Ambos tienen una gran relación, de hecho, Max lo escogió como su padrino de confirmación.

-Dejaba a Kassu en su casa, me devolví para montarme en el carro, había una bajada, pisé mal y resbalé, fue bastante tonto en verdad, pero he aquí el resultado –respondió en tono sarcástico, agregándole humor a algo que definitivamente no lo tenía, pero así es él.

Antes de que alguno de los dos pudieramos responder algo, Max, viendo hacia la puerta de su habitación como “vigilando” que nadie llegara inesperadamente, continuó casi en tono de susurro:

-Pero no importa, eso se los puedo contar después. Quiero aprovechar que mi papá está en la cocina para preguntarles algo que me va a terminar de consumir en estos meses que tendré que estar solo conmigo, si antes no lo hablo con alguien más.

Mi papá y yo no dijimos nada, nos limitamos a escuchar atentos.

-No me está yendo muy bien con Cassandra, y creo saber por qué es, así que quiero que sean totalmente sinceros conmigo, ¿Ustedes creen que ella me quiera de verdad? Yo sé que soy feo, que no soy el tipo de chamo que una chica tiene en mente cuando sueña enamorarse ¿Creen que está conmigo porque me ama de verdad? – nos dijo con voz preocupada.

Puedo ver la angustia que embarga los ojitos amarillos de mi amigo, apartando su situación del fémur, mi papá y yo petrificados nos miramos a la cara sin saber que contestar, sin embargo, mi héroe supo actuar de manera rápida, los años definitivamente no son en vano.

-Mira Max, ¡Déjate de tonterías! Claro que tu Kassu te ama ¿Quién le regala a alguien que no ame un tesoro invaluable? ¡Y sí! Hablo del tiempo ¿Estás jugando? ¡Mírame a mí! Yo sí soy feo, un viejo, invadido por las canas; en cambio tú, joven y sano, no tienes nada de que preocuparte, tu personalidad es arrasadora, puedes hacer reír a la gente aún sin proponértelo ¿Quién no quiere estar con alguien que te produzca sonrisas seguras? ¿Quién dice que es bonito o feo? ¿Bajo qué parámetros? – le responde mi papá con voz firme y amistosa, pero persuasivo.

La llegada de mi tío a la habitación rompió con el denso tema, sin embargo - y a pesar de las alentadoras palabras de mi padre – conozco muy bien a Max, no se quedó conforme ni tranquilo o al menos no del todo.

Allí, entablando infinitas conversaciones sobre Fórmula 1, o discutiendo los encuentros entre la Juventus y el Milan y a quien dabamos por campeón, se nos hizo la hora de despedirnos y permitirle a los Calí un merecido descanso después de que tuvieran una larga jornada de exámenes, rayos X y calmantes. Me acerco a Max para darle un beso antes de irme, y él, me susurra al oído que lo llame en cuanto llegue a casa y esté sola; asumo que busca continuar conmigo la conversación que dejamos a medias, yo sólo le pido a Dios luminosidad para poder llevar luz a su mente perturbada y que Maximus sea capaz de verse a sí mismo como lo veo yo, con tan sólo lograr eso, sé que nunca más una pena parecida lo va a agobiar.

-Listo –le digo de inmediato al oírlo decir “¿Aló?”.

-Gía, tu no dijiste nada ¿Tengo razón verdad? –me dice refiriéndose a que sólo mi padre dio una respuesta a sus angustias hasta ahora.

Respiré hondo, cerré mis ojos y dejé que mi corazón hablara; sabía la importancia de mis palabras y el peso que tenían para Maxi, pero no había tenido tiempo de analizar la situación con detenimiento, no tuve otra opción más que abrir mi alma y pedirle a Dios que fuese él quien intercediera frente a Max por mí.

-Te haré una simple pregunta ¿Está bien? Y veras que serás tu mismo quien sea capaz de responder tus propias dudas. A ver...Si todos carecieramos de visión, si por alguna razón la humanidad en su totalidad se quedara ciega, si nadie pudiera saber cuál es el color de tus ojos y mucho menos si en tu mirada guardas transparencia o por el contrario algo más. Si todos pudieran oír tu risa, pero jamás ver como luces al soltar una carcajada sincera, de las de verdad. Si ninguna persona juzgara tu apariencia. Si tan sólo por un momento, las etiquetas “hermoso” y “feo” no se aplicaran para algo relacionado a lo superfluo, a lo externo. Si las personas nada más pudiesen “ver” quién eres por lo que dices, haces, piensas, amas, sueñas, aspiras, crees, sabes e ignoras. Tú, Maximiliano Calí, dime: ¿A cuántos impresionarías?

Puedo sentir su satisfacción desde el otro lado del teléfono, el ritmo de su respirar me lo afirma, imagino su sonrisa al oír mis palabras, siento la frecuencia de su espíritu elevado en una mejor sintonía. Está feliz.

-Ahora yo te hago una pregunta: ¿Sabes que cuando termines con tu novio, yo soy el siguiente en la lista, verdad? –terminó diciendo en su peculiar tono pícaro y humorístico, después de los segundos de silencio satisfactorio de ambas partes que lo antecedieron.

-¡Ay Max, tu no pierdes una! Ya lo hemos hablado, sabes que eso no es posible, tu eres mi familia –dije sin pensar, con voz risueña buscando que no lo tomara a mal.

Él, aprovechaba cada oportunidad para reafirmarme su amor, siempre fue así. Sin embargo, con todo este tema de Kassandra, pensé que ya sus sentimientos por mi era cosa del pasado. Entendí, que sin importar que Max estuviera con alguien más, el amor que me tiene es capaz de trascender eso, no es comparable porque sencillamente es diferente; pero que sin duda, se ha encontrado desde siempre en la cúspide de sus amores.

Después de que la conversación se alargara hasta altas horas de la madrugada, hayé el modo de despedirnos y de reforzarle lo que conversamos en un inicio.

-Y recuerda: en un mundo de ciegos, sólo se conoce el alma, sólo se conoce lo eterno. Cultívalo y presévalo. Descansa, te adoro –le dije antes de finalizar la llamada.

...

Como de costumbre, divagaban sin rumbo alguno por toda la ciudad, en ese Nissan plateado que lucía cuan hijo de la luna; Max había pasado toda la tarde del viernes puliéndolo hasta sacarle brillo para exhibirlo durante el fin de semana. Las noches para esa dupla tenían más sentido con buena música, chistes malos, velocidad, y ellos juntos como “la fórmula” inalterable; Sergio y Maxi se habían hecho muy buenos amigos - probablemente los mejores -, y ambos compartían la afición de rodar sin destino, quizá allí encontraban la sensación de libertad que cualquier adolescente busca. Escuchar el rugir del motor interrumpido por el fuerte sonido del viento pasar por las ventanas, esa concepción de ilimitación, de sentirse dueños y reyes del mundo, mientras filosofean de la vida, cuentan anécdotas, o sencillamente liman esos “problemas existenciales” que pueden asegurar tener los chicos de su edad. Justo ahí, en medio de la plenitud de creer que al menos por esa noche eres Peter Pan y la adultez la contemplas como una absoluta utopía, un comentario de Maximiliano deja a Sergio sin aliento, arrancándole de los labios la más reciente de sus carcajadas.

-¡Hermano mientras dure!, hazte la idea de que no duraré mucho aquí, yo voy a morir pronto, lo sé –dijo Max con toda naturalidad, en medio de las risas del último de sus chistes.

Sergio, sorprendido, inquieto y petrificado, supo que recordaría esas palabras siempre.

...

VI

Solemos elegir nuestra canción favorita como el tono “cómplice” del no tan oportuno despertador, la lógica nos dice que sí el sonido con el que inicia un nuevo día se nos hace agradable en su totalidad, de seguro contribuirá a que la realidad de madrugar no sea tan aspera para los interrumpidos sueños, y que además, nos motive a que el primer pie que coloquemos en el suelo sea sin dudas el derecho. Pero no es así, luego de tres días de que esa melodía se convierta en la antagonista de las reducidas horas de descanso, terminas por detestarla y aborrecerla; el problema no es el tema que se hace sentir antes del amanecer, sino el recordatorio que con su sonido llega: la universidad me espera.

No me percaté de ruidos al salir, es muy temprano, todos en casa siguen sumergidos en sus más remotos pensamientos inconscientes que el tener los ojos cerrados permite, ni siquiera el sol se ha preocupado en despertar con su incandescente luz. Estacionada frente a la universidad, aún en la oscuridad del día, espero - con mi asiento reclinado por completo e inmersa en un frágil sueño - que se haga la hora para entrar al aula. Es éste el momento en el que más lamento la limitada capacidad que aquí hay para los automóviles, de ser un poco más amplia, no tendría que despedirme de mi fría almohada cuando la luna no ha desaparecido del todo, no temería el que mi amigo de cuatro ruedas se quedara sin puesto.

La clase de Redacción y Estilo da inicio, Daniel - mi profesor - es un tipo agradable, delgado, alto y bastante joven, estoy segura de que aún no arriba los treinta y que por esa razón, en algunas ocasiones, intenta tomar una postura un tanto autoritaria, con el fin de que su edad no sea motivo de tomarlo menos en serio que a un veterano de la materia, sin dudas, él sabe lo suyo. Ha pasado media hora aproximadamente y sigo con periódico en mano; aún no me decido por la noticia con la que voy a realizar la práctica de hoy, la fuente de política nunca ha sido mi favorita. La pantalla del celular alumbrándose sobre la mesa me saca de mi tediosa búsqueda, es extraño, la llamada proviene del teléfono local de mi casa, ha de ser importante. Sin embargo, dudo de que sea oportuno atenderla, pero observando el alboroto en el que se encuentra el salón y ha Daniel lo suficientemente disperso, me animo a contestar.

-¿Aló? ¿Mamá? -respondo casi en susurro, cuidando de que el profesor no note mi imprudencia.

-Gianna, ¿Dónde estas? No te sentí al salir de casa -su tono denota angustia y preocupación.

-Estoy en la Universidad mami, hoy entraba temprano y no los quise despertar, de hecho, estoy en el salón, pero dime rápido ¿Qué sucede? -le pregunto mientras observo a Sarah, mi compañera de clases, sentarse a mi lado.

-¿No te han dicho nada? ¿Nadie te ha escrito? -dice con voz tenue, algo curiosa.

-Son las 7:40a.m, ¿Quién me va a escribir a esta hora? -le respondo confundida, su pregunta me desconcierta.

-¿Nadie te ha escrito? ¿Nadie te ha dicho nada? -repite nuevamente totalmente incrédula.

-A ver mamá, te dije que no, ¿Quién me tiene que escribir? -mi mal humor y falta de paciencia, ya empieza a salir a la luz. El profesor sigue distraído, pero no dejo de sentirme incomoda por hablar por teléfono en clases.

-Gianna, hija, Maximiliano falleció -le escucho decir en un tono delicado, suave, que terminó en una voz resquebrajada.

-¿Qué Maximiliano mamá? -voy poniendome de pie inevitablemente, sus palabras me aturden, no entiendo a quién se refiere, o no quiero entender.

-Maxi, Gia. Maximiliano Calí –confirma lo que realmente nunca quise escuchar.
-¿Qué? ¡Mamá, mentira! ¡Mentira! estás jugando –respondo alterada, incrédula, en completa negación y shock. Las personas a mi alrededor no tardan en darse cuenta de que algo me sucedía, yo tampoco me preocupo en disimularlo.
-¿Cómo crees que voy a jugar con algo así? Eso es algo muy delicado mi chiquita –me dice con tono dulce, intentando suavizar un poco la situación y darme fuerzas.
-Mami mentira, dime que es mentira por favor –le dije mientras internamente, empezaba a asimilarlo.

Por primera vez en el último par de minutos, mi cerebro comienza a recibir pinceladas de aceptación. No soy capaz de identificar qué siento, son demasiadas emociones. Me observo desde la piel hacia adentro y desde mi interior hacia afuera, un hilo helado recorre mi columna desde el primer hueso cervical hasta el coxis, mis piernas ya no me pertenecen, están poseídas por el pánico exaltado de mi dominio, siento como mi cuerpo tiembla frenéticamente, como si de pronto la temperatura del salón se igualara a la de Oymyakon, aquel pequeño poblado ruso del que leí una vez en el libro de los *Record Guinness* en casa de mi amiga Alessandra, y que está catalogado como el lugar más frío del mundo. Mis pensamientos no encuentran orden en mi desequilibrada mente.

-Mami ¿Dónde estas? ¿Cómo fue? –el llanto no me deja pronunciar bien las palabras que se esfuerzan por salir de mis labios.
-Mi niña, falleció de un infarto, ya voy en camino a casa de tu tía Miranda, quédate tranquila en la Universidad por favor, intenta calmarte, no quiero que manejes así. En un rato nos vemos – me dice preocupada.
-Esta bien, pero en un rato voy para allá –tranque la llamada, no digiero la noticia, me siento en el limbo, sin suelo que pueda sostener tanto dolor.

Sarah, estando a mi lado durante toda la conversación con mi madre, es capaz de comprender lo que me sucede y no duda en ponerse de pie, reposa su mano sobre mi espalda en símbolo de apoyo, mientras camina junto a mi a pasos largos en dirección a la salida del salón, sin emitir ninguna palabra más que la expresión sensibilizada de su rostro. El profesor nos interrumpe, pero rápidamente observa la tristeza de mis ojos enrojecidos como el resto de mi cara.

-¿Todo bien Gianna? ¿Qué pasó? – me dijo preocupado.
-Mi mejor amigo murió –mis lágrimas intensifican su brote sin control alguno.
-¡Oh! Gia, cuánto lo siento, tranquila, retírate sin problema, no se preocupen...Sarah, acompaña la –responde comprensivo e impresionado.

El cafetín de la universidad se encuentra tan solo como mi alma lo necesita, quiero ese silencio para calmar de a poco mi desconsolado espíritu. Mis esfuerzos por hayar en mi cabeza la última vez que lo vi son inútiles, el dolor me invade, no soy capaz de recordar ese encuentro final y mucho menos las palabras con las que sellamos para siempre nuestra coincidencia en esta vida, se me hace increíble el hecho de que ya no está, ni estará más ¿Qué le dije la última vez? ¿Qué me dijo él? ¿Tuvimos una despedida digna o la vida no las negó como tantas cosas al llevarse tan pronto? Max, amigo: ¿Te habré demostrado cuan importante eras para mí? Te encargaste de que pusiera en tela de juicio un millón de cosas, pero jamás el amor que me tenías, y yo...¿Te hice saber lo mucho que te amo o quizá el no corresponderte de la forma en

la que tu hubieras querido pudo hacerte dudar? Espero que no, quiero creer que siempre supiste que yo haría lo que fuera por ti, siempre.

Mis ojos hinchados y agotados no miran hacia ningún punto, sólo contemplan el vacío. Sarah sigue aquí, haciendome compañía y escucha atenta uno que otro pensamiento que decido compartir en voz alta, ella no dice nada, sabe que es lo que menos necesito, se limita a observarme con sus ojos almendrados llenos de compasión; y aunque le estoy eternamente agradecida por su apoyo, no es suficiente. Después de llamar a mi novio, y llorar un poco más al teléfono mientras recreo la conversación con mi madre, él se ofrece a buscarme a la universidad y escoltarme desde su automóvil hasta casa de Max, cuidando así que mi estado emocional no afectara mi destreza al volante.

-Mami, estoy abajo –le digo con un tono de voz sereno mientras observo la entrada del edificio gris en el que no encontraría más a mi adorado Maxi.

-Marca en el intercomunicador *1005 y yo te abro desde aquí, igual la puerta del apartamento esta abierta mi niña –me explicó con voz dulce.

-Perfecto, está bien.

El ascensor está helado, quizá sea la temperatura con la que mi cuerpo se casó hoy. Pienso en mi tía, siento tanta angustia, no sé que decirle cuando la vea. Llego, y frente a mí, la entrada del hogar de Maximiliano me espera tal como me dijo mi madre hace unos minutos. Entro y a la izquierda contemplo el largo pasillo de paredes blancas, atravesándolo, observo como los rayos de sol se escabullen por las ventanas iluminandolo todo; al final se encuentra la sala y mi vista se topa con la imagen de mi dulce tía Miranda sentada en el suelo de la sala de su casa, arrecostada a uno de los muebles de cuero, con su rostro que grita el dolor de su alma, pena que sólo puede sentir quien pierde un hijo; y entre llantos desconsolados repite sin cesar:

-Aquí esta mi Maxi, aquí esta, huélelo, aún está aquí, no se ha ido –dice sujetando con sus temblorosas manos, los pantalones que había usado por última vez Maximus, aún olían a él.

...
No era un día gris, todo lo contrario, el sol había salido del majestuoso Ávila con más brillo que nunca, el valle lucía radiante y vivaz, como rara vez en esa época del año, donde las nubes acostumbran a predominar en el cielo azul. Maxi se despierta de pésimo humor, nada usual en él, entra a la cocina en busca de alguna pastilla que le aliviara el malestar estomacal que lo había sacado de sus sueños más profundos. Miranda preparaba el desayuno, y al escuchar las fuertes quejas de su hijo, le sugiere desayunar sus huevos revueltos con mantequilla y pan tostado para que éstos hicieran la función de “protector gástrico” y así, los medicamentos no contribuyeran a la irritación interna.

-No mami gracias, no tengo tiempo, mi papá me va a dejar. Yo como cualquier cosa en el cafetín de la oficina, tranquila –responde Maximiliano algo motinado pero sin ánimos de sonar demasiado aspero con su madre, mientras se ponía su gorra negra al revés y se acercaba a Miranda para despedirse.

- Dios te bendiga hijito ¡Que te vaya muy bien! –dijo ella abrazándolo con los ojos cerrados, él no solía tener ese tipo de gestos, incluso su mamá en ocasiones lo tildaba de “arisco” – a pesar de que él era el único de sus hijos que tenía siempre detalles con ella -, pero ese día no, fue una despedida especial, de almas que se tocan, así lo sintió su madre; quien aunque su mente ignoraba que esa sería la última vez que tendría a su pequeño gigante vivo entre sus brazos y sintiendo los latidos de su frágil, pero guerrero corazón, su más profundo inconsciente sabía que estaba despidiendo del mundo a quien desde hacía veinte años amaba más que a su vida.

Miranda tenía un itinerario bastante ocupado, había quedando en almorzar con su hermana, a las 6:00p.m tenía una cita médica, además de otras diligencias que llevaba días postergando. Max, por su parte, después de pasar la mañana trabajando en la oficina con su papá, estaría el resto de la jornada con Kassandra, tal como acostumbraba.

El dolor abdominal de Maximiliano no cesó, y su novia - ya angustiada - intentó llamar varias veces a Miranda al celular, pero se le hizo imposible contactarla, estaba en su consulta, además, dos horas antes había tenido un pequeño choque saliendo del estacionamiento de un centro comercial y entre el estrés de los percances del día, dejó su teléfono caído debajo del asiento del piloto. Giuseppe ya estaba en casa, en compañía de Fabrizio, cuando recibieron la llamada de Kassandra alarmada por el malestar permanente de Max y sus constantes quejas, él era todo un profesional aguantando dolor, su misma condición le producía sufrimientos físicos de todo tipo y sin embargo, jamás se quejaba, su maravillosa actitud siempre había sido la más efectiva de las píldoras, pero esa vez no funcionó. Al principio creían que el dolor era producto de los excesos de comida chatarra que había consumido junto a su novia desde el día anterior, esa teoría fue descartada cuando la intensidad del dolor aumentó a un grado que ya Maximiliano era incapaz de tolerar, al punto de que el malestar también se estaba apoderando de su espalda y manifestó desesperado su necesidad de ir a la clínica.

La sala de emergencias estaba completamente colapsada, Max esperaba impaciente sufriendo con más intensidad, mientras sus poros no paraban de segregarse sudor a causa del acaparante dolor, caminaba de un lado a otro desesperado, hasta que vio la oportunidad de acostarse en una de las camillas que recién se desocupaba, percantándose de que ningún enfermero lo viera, aún no era su turno. Max no paraba de gritar, rogaba a los especialistas que detuvieron el dolor, una y otra vez; los calmantes no surtían ningún tipo de efecto y mientras Fabrizio le hacía masajes en sus largos pies para intentar relajarlo, Maxi siente la llegada de algo para lo que siempre había creído estar preparado.

-¡No me quiero morir! ¡Fabri, no me quiero morir! –dijo Maximiliano a todo pulmón, mientras continuaba quejándose por “eso” que hacía horas se lo estaba consumiendo.

Un par de gritos especialmente aterradores, salieron de las entrañas de Max, que cada vez soportaba menos, le empezó a faltar el aire, su cuello se tensó por completo, su hermano angustiado se percató y lo toma de la cabeza preguntándole qué le pasaba. Los enfermeros no tardan en llegar invadiendo el espacio, y de inmediato sacan a Fabrizio - desgarrado en llanto - del lugar.

Miranda se reporta, después de un buen rato buscando su celular, lo encuentra finalmente y se alarma al ver la cantidad de llamadas perdidas y mensajes. Su esposo, en la sala de espera, le explica brevemente lo sucedido y ésta se dirige a la clínica de inmediato. Ni en la más sombría de sus pesadillas, aquella madre pudo imaginar lo que significaría llegar y contemplar a su esposo e hijo con las manos en la cabeza y destruidos en dolor, su mundo entero se vino abajo.

-Mamá, lo están reanimando desde hace 15 minutos —apenas y pudo pronunciar Fabri con gran esfuerzo.

El cardiólogo de cabecera de Max, fue quien tuvo la pesada tarea de comunicarle a la desesperada familia, que el menor de los cinco ya no estaría más.

Jamás hubiese podido pensar, que el primer entierro al que asistiría sería el de mi Maximus, él no, yo tenía planes diferentes para nosotros, nuestra adultez y para el resto de la vida, pero Dios también tenía los suyos y me regaló el privilegio de conocerlo, amarlo y ser amada por él durante casi toda su vida, de los honores más especiales que atesoraré eternamente.

La despedida fue digna de un ser como él, sus exequias y funeral fueron muy asistidos, Max era un tipo amiguelo, querido, respetado y conocido por muchos. Nunca vi tantas flores juntas como aquel día, no había más espacio para las coloridas y enormes coronas. Sus más cercanos amigos decidimos hacer un pequeño “libro” manuscrito, informal e improvisado, que decidimos llenar de cuan frase típica dicha por Maxi se nos viniera a la mente, él no era un sujeto común, todos vibrábamos con su presencia, gozaba de una gran personalidad, genuinidad, autenticidad, un personaje sin duda merecedor de documentar sus más célebres frases y manías en papel para la historia; el plan era dejar esas páginas engrapadas adentro de su urna, junto con las tantas fotografías que sus seres queridos habían querido colocar sobre la tapa de la misma —incluyéndome—, pero Miranda, al leer las palabras que caracterizaban a su hijo allí, quiso quedárselas para que si algún día su mente la traicionaba, ni por error pudiera olvidarlas.

No me equivoqué al creer que la peor parte de despedir a alguien sería cuando descenden su cuerpo al interior de la tierra, mientras van cubriéndolo con tablas y cemento como si de un objeto se tratase, aún no procesaba que una vez cerrada la hurna no volvería a ver ese rostro lleno de lunares que tantas sonrisas me sacó.

...

Epílogo

No sabía como interpretarlo, me dolía demasiado como para pensar con cabeza fría; aún sigue ardiendo su recuerdo, pero el sinsabor que me trae pensar en que ya no está más, es muy distinto al de aquel trascendente once de junio. Creí que esa tarde en la que no tuve más remedio que despedirme de él a través de ese luctuoso cristal, sería la última vez que lo vería, pero me equivoqué.

Todo empezó un sábado en la mañana, cuando tuve la triste equivocación de fundir mis sueños – y todo lo que sostenían – con la realidad, ésa en la que desde hace meses, mi amigo ya no estaba. Se repetía con frecuencia, y yo no podía estar más feliz de poder volverlo a ver, Max lucía vivaz – como siempre fue –, ahora tenía una estatura normal, ya no necesitaba desviar mis ojos al cielo para poder contemplar su sonrisa, parecía que un baño de cielo y de compañía de Dios, había sido más que suficiente para sanar cualquier defecto genético. Los sueños eran recurrentes y yo necesitaba comprender el “por qué”, ¿Me quería decir algo? ¿Qué buscaba?, quizá sólo intentaba pasar tiempo conmigo con la ayuda de mi mente inconsciente y de mis pensamientos perdidos en el descanso de las noches. Maxi y yo, nunca nos despedimos formalmente, ni siquiera aún soy capaz de recordar las últimas palabras que cruzamos, por lo que no me era difícil pensar en que esas apariciones de él – mientras yo dormía – era la única forma que encontraba de decirme adiós, sin embargo, no alcanzaba a decirme ni una palabra; en mis sueños nunca habló.

Me empezó a hacer mal, esas noches aseguraban los más dolorosos despertares, me entristecía profundamente darme cuenta de que nada era real, no había terminado de abrir los ojos cuando ya estaban invadidos por las lágrimas y mi estabilidad emocional de esos días se veía comprometida. Decidí contarle a mi mamá, en efecto eso me hizo sentir más tranquila, pero no obtuve el alivio que esperaba.

Los sueños seguían, cada vez con mayor regularidad; incluso, en una oportunidad me encontraba compartiendo con algunos amigos en una discoteca, y puedo jurar haber sentido su presencia – la de él, la de Maxi –. Lo más extraño es que quise compartir esa experiencia con mi tía Miranda, quien me dejó estupefacta al confesarme que a Val, le había sucedido lo mismo aquel sábado pero en otro lugar. Max seguía por ahí, entre nosotros, acompañando y cuidando a quienes amó en vida, no quería despegarse de éste plano, uno que ya no era el suyo. La sensación de felicidad de las primeras apariciones se fue esfumando, todo se tornó a angustia, desconcierto, confusión y hasta cierto terror, algo adentro de mí me decía que debía hacer algo para pararlo.

Me parece recordar haberle pedido en sueños que se fuera y me dejara, no lo sé, las imágenes en mi cabeza adormecida no tenían mucha nitidez, sentí miedo, pero sabía que por su bien había ciclos que debía cerrar. Sin embargo, podía estar tan segura de algo como lo estoy de mi nombre: él revolucionó mi vida, y también la de cada ser que – como yo – ha tenido el privilegio de amarlo.

Sabía que mi tía Fabiana podía ser la llave que abriría la puerta de todo, la ayuda y solución que necesitaba. Ella siempre ha tenido consciencia de poseer dones paranormales y de tener facultades de percepción extrasensorial, hay quienes le llaman a esto una persona “médium” y otros tantos prefieren identificarlos como “clarividentes”; para mí, ésa era una realidad que

siempre tuve presente, mi mamá y mi tía nunca se cohibieron de tocar esos temas en frente de mi, ni siquiera cuando era niña.

Mi tía Fabiana me sugirió que lo visitara en su tumba, que me permitiera tener ése momento con él, aquello que la inesperada muerte nos había arrebatado: una despedida. También, me recomendó evitar traerlo a mis pensamientos a la hora de ir a la cama, explicandome – entre otras cosas – que si no lo hacía yo estaba contribuyendo a que Max retrasara su despegue hacia el cielo eterno; dijo que lo que me sucedía era más normal y común de lo que yo podía creer; como humanos nos cuesta enormemente manejar los desaparegos y las relaciones en vida, y de esto no escapamos en la muerte. Tenía que ayudar a mi amigo a encontrar la luz, su camino hacia Dios y así lo hice.

Después de esquivar cientos de tumbas – porque siempre me ha parecido irrespetuoso el pisar el suelo donde el cuerpo de alguien más descansa – encontré la de Max, resaltaba entre tantas por las coloridas y variadas flores, se notaba que lo visitaban con frecuencia. Puse mis rodillas sobre la grama, mi mano derecha encima de la placa, esa que por siempre llevará grabado su nombre, la fecha de su llegada al mundo y aquel día que nunca quise ver pasar. El viento refrescaba mi rostro, respiraba tranquilidad, persivía su presencia, sabía que estaba ahí – junto a mi – reposando su larga mano sobre la mía, en el absoluto silencio que sólo el estar muerto permite, y en la intimidad de nuestro momento – ese que era de los dos y que tanto necesitábamos – dejé caer varias lágrimas sobre su nombre, me permití disfrutar un poco más de su compañía y finalmente le dije esas palabras, las justas, las que él necesitaba.

Maximus: Te despido con un dolor que tiene sabor a tranquilidad y aceptación, esa es la benevolencia del amor, se acabó amigo mío, ya no hay malestar que quite tu paz, disfruta tu camino hacia la eternidad, sigue la luz que siempre ha irradiado tu alma y recuérdame siempre durante y después de tu llegada al paraíso, es momento de que te reúnas con Dios. Existen personas que trascienden en la vida de quienes la conocen, esos seres que con tan sólo compartir cinco minutos te dejan algo, como quien posee un super poder o una cualidad particular y singular, así como tú Max; no te digo adiós sino hasta siempre, porque esa es la promesa de que nos volveremos a ver. Las despedidas son promesas de reencuentros, tú, un “niño milagro”, iniciaste tu viaje destacando de las masas, llenando todo de luz, siempre llamando la atención, el incondicional, irreverente, libre, valiente, tan fuerte como frágil, buen hijo, el mejor de los cómplices, divertido, compañero, terco, el que me hizo recuperar mi fe, el amante del mar y de la vida, el que dejó la universidad porque estaba tan evolucionado que sabía que lo único limitado era su tiempo y que deseaba invertirlo en otras cosas, el que moría por verme arrugar la nariz, el que creí que estaría en mi vida siempre; ése fue tu viaje amigo ¡Qué placer haber formado parte de él! ¡Qué dicha la mía! Espero vernos allá arriba. Te amaré siempre.



Ricardo A. Calí M.
(Octubre, 1994 – Junio, 2015)

Buen viaje, amigo.